2280

Como amante y como hermana.

Juan Perez.

COMO AMANTE

Y

COMO HONRADA

DE

D. JUAN PEREZ DE MONTALBAN

PERSONAS.

Don Lope de Guzman.
Don Juan de la Cueva.
Don Pedro, *barba.*
Doña Leonor de Gúzman.
Doña Ana de Guzman.
Ines, *criada.*
Martin, *gracioso.*
Mendo, *criado.*
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen don Lope y Martin, de camino, de soldados.

MART. Gracias á Dios que llegamos,
Madrid, á pisar tus calles.
Con tu licencia, señor,
no más postas, no más Flandes.
LOPE. ¿Pusiste en cobro, Martin,
las maletas? Dí, que traen
un retrato de mi prima
y papeles importantes.
MART. Por cierto, lindas alhajas
para codiciarlas nadie:
no te acordarás primero
de dos docenas de encajes,
que en lo airoso del enredo
y en la novedad del arte
parecen comedias nuevas,

673322

de estas que brillan flamantes,
y de que traes á Leonor
cadena y cruz de diamantes,
y de otras mil niñerías
que, por ricas y por grandes,
pasan ya de niñerías,
y pueden ser mocedades,
sino del retrato sólo.

LOPE. Quiero mucho, no te espantes.

MART. Al fin, señor, todo queda
en la posada con llave.
Pero volviendo á la causa
de mi retirado achaque,
que por Dios que, aunque escondido,
no da lugar á olvidarse,
mal haya la vil porfía
del primero caminante,
que pertinaz, ciego y loco,
propuso de llegar ántes;
no más postas, no más guerra,
y pues vienes á casarte,
dígante en vida esta vez
lo de *requiescat in pace*,
que aunque tus hazañas premien
y aunque tus servicios paguen,
no toparás por lo ménos
un tio que te regale,
una prima que te estime,
una quietud que te baste,
una hacienda que te sobre,
una Leonor que te aguarde;

y pues todo lo hallas junto
en la ocasion que te trae,
puedes á tus pretensiones
dar dos higas de mi parte.

LOPE. No, Martin, entre sus gustos,
entre sus comodidades
importa lo principal,
que da gusto á las restantes.
Mi prima mi esposa es,
cuerda, hermosa y agradable,
quien da valor, quien da gusto,
quien da lustre, quien da esmalte
á cuanto sin su hermosura
ni es justo ni es estimable.
¿No has visto cuando en un prado
en primavera adornarse
de cuantas galas Abril
curioso supo inventarle,
con mil olorosas yerbas
que le perfumen el aire,
con fuentes que le entretengan,
con pájaros que le canten,
con frutas que le deleiten,
con fieras que se las guarden,
con álamos que la adornen
y con flores que la esmalten?
Pues toda esa union hermosa
de lucidas variedades,
sin la presencia del sol,
que es quien hizo deleitable
la flor, el cristal, la fiera,

la fuente, el olmo y el ave,
triste en la tiniebla muere,
todo sin su oficio yace,
y lo que al sol fué apacible,
en su ausencia es formidable;
tal con Leonor acontece
á mi amor firme y constante:
sin su luz, sin su presencia,
nada vive, nada nace,
nada luce, nada tiene
vida, color, ni quilates.

MART. Muy enamorado estás;
mas si tu amor es tan grande,
¿no fuera mejor haber
ido, señor, á apearte
á tu casa, pues lo es
en ausencia de tu padre
la de tu tio don Pedro,
que porfiar en quedarte
en una posada?

LOPE. Ahora
es el quedarme importante,
por entrar con más secreto
y por dar primero parte
á mi tio, que no puede
tardar, porque ya lo sabe,
que el huésped le fué á avisar.
Mas ruido siento en la calle.

MART. Espadas son. (*Ruido de espadas.*)

D. JUAN. Poco importa (*Dentro.*)
ser muchos, si sois cobardes.

LOPE. Cuatro hombres á uno solo
acometen arrogantes.
Ven conmigo, Martin.
MART. Pues
¿qué quieres?
LOPE. Quiero ayudarle,
por quien soy y porque pienso,
si no me engaña su talle,
que es el que riñe don Juan
de la Cueva. (*Vase.*)
MART. Vé delante,
que aunque temo, en cuanto hombre,
que alguno me descalabre,
en llegando al pundonor,
cesan las comodidades. (*Saca la espada.*)
Allá va el rayo, gallinas,
con una cara de sastre;
guardad el arca del pan. (*Vase.*)

(*Salen don Lope y don Juan, retirando á un caballero y tres criados.*)

LOPE. Don Juan, nada os embarace,
que á vuestro lado...
JUAN. Ya sé
lo que os debo; mas en parte
me pesa, porque yo solo...
CAB. Ya es forzoso retirarme.

(*Métenlos á cuchilladas, y sale Martin.*)

MART. Dios os perdone; ya corren
como liebres racionales.

¡Huid, gallinas mojadas,
y agradeced que no os mate
á mi miedo...

(*Salen don Juan y don Lope.*)

JUAN. Bien se ha hecho.
MART. Y á mi amo, que ya sale,
porque ¡voto á Dios!...
LOPE. Detente.
MART. Harélo por no ensuciarme
en una gente tan ruin.
JUAN. A lindo tiempo llegaste.
LOPE. Dadme los brazos ahora,
y luégo, don Juan, contadme
la causa de este disgusto
(si es razon que así se llame),
lance que ha sido instrumento
de que tan apriesa os halle.
JUAN. No es cosa, á fe, de cuidado,
y así, dejando esto aparte,
¿há mucho que estais aquí?
Pero ya me dice el traje
que os acabais de apear,
que por Dios, que iba á enojarme.
LOPE. Bésoos la mano.
JUAN. Ya sé
que sois mi amigo. ¡Y que ántes
que no lo supiera yo!
¿Y cómo, cómo llegásteis?
LOPE. Tan vuestro, señor don Juan,
como en Flandes me dejastes,

que fuí en Flandes vuestro amigo,
y yo nunca sé mudarme.

JUAN. Sois Guzman, en fin, y há mucho
que son buenos los Guzmanes.
Y tú, Martin, ¿cómo viénes?

MART. Por la posta, ya se sabe
que no puede venir nunca
uno á servicio de madre;
tras esto, señor don Juan,
me desdigo en esta parte,
porque vengo muy al vuestro,
por mi vida.

JUAN. Dios te guarde.

LOPE. Volvamos á nuestro enfado,
y sepa yo si fué lance
de amor la causa.

JUAN. ¡Ay, don Lope!
¡Ay amigo!

LOPE. Ya mostrastes
que fué por dama.

JUAN. Sí fué,
si bien ella no fué parte.
No os admire que al contarlo
me suspenda y me recate,
porque á la dama que digo,
que es de las más principales
de esta corte, di palabra
de no revelar á nadie
nuestro amor, hasta que el cielo
las voluntades declare.
Mas dentro de la muralla

del recato y de la cárcel
del silencio os lo diré,
pues que me lo preguntastes,
que es poco amor el amor
que dentro de un alma cabe,
y tiene poco de dicha
la que no es comunicable.
Y así, don Lope, sabreis,
con retórica de Marte,
que es breve y efectuosa,
que yo quiero bien á un ángel,
que he llegado á merecer
sus favores, y que hoy sale
de un convento, donde ha estado
desde que murió su padre,
cuya salida fué causa
de hallarme como me hallastes;
porque cierto caballero,
muy preciado de galante,
de estos que á bulto enamoran
cuantas topan en la calle,
viéndola entrar en el coche,
dió en cansarla y en cansarme,
yéndose junto al estribo,
sin ser posible apartarle
el ruego, el desden y el porte
de la dama, hasta informarse
de su casa y de su estado.
Enfadéme como amante,
fuése, seguíle á lo largo,
y al pasar por esta calle

hablèle, y dije mi amor
para que el suyo dejase:
vió que estaba solo, y vióse
con su lacayo y dos pajes,
y sucedió lo que vistes.
Ahora, vos dadme parte
de la causa del venir
de esta suerte; perdonadme,
porque no he tenido tiempo
de preguntároslo ántes.

LOPE. Brevemente os lo diré.
Yo, don Juan, vengo á casarme;
todo con esto lo he dicho.

JUAN. ¿Pues con quién os concertastes,
don Lope, tan en secreto,
que áun no pudo á mí fiarse?

LOPE. Importó el secreto entónces,
que recien muertos los padres
de mi esposa, era indecencia
tan apriesa publicarse.
Y áun hoy quiero que esté oculto,
don Juan, para no obligarme
á ostentacion, ni banquetes,
cosas que ya no se hacen;
y así, para no hacer ruido
de postas, quise apearme
en un meson, y llegar
(á vos nada se os recate)
esta noche, y con mi prima
de secreto desposarme.

JUAN. ¿Con prima vuestra es la boda?

LOPE. Con mi prima, cuyo padre
vos conocísteis muy bien.
¿Antes de iros no alcanzásteis
aquí á don Luis de Guzman?
JUAN. ¿Con quién, don Lope? La sangre
turbada y el corazon (*Aparte.*)
aún no aciertan á matarme.
LOPE. ¿Qué dices?
JUAN. Que fué mi amigo
don Luis. ¡Ah, doña Ana fácil! (*Aparte.*)
LOPE. Parece que le ha pesado, (*Aparte.*)
ó lo dice su semblante.
¡Ay, Leonor! Pero ¿qué digo?
Si no hay recelo que baste
á manchar honor tan puro.
JUAN. No sé cómo preguntarle (*Aparte.*)
cómo se llama. Y decidme...
MART. Su tio viene á buscarte,
si no me engaño.
LOPE. Don Juan...
JUAN. Ya os entiendo.
LOPE. Perdonadme,
que mañana nos veremos.
JUAN. Adios, pues.
LOPE. El cielo os guarde.
MART. ¡Ah, qué noche nos espera!
LOPE. Siglos juzgo los instantes. (*Vanse.*)
JUAN. Ahora bien: pues que don Pedro
queda con don Lope, fácil
será, entretanto que vuelve,
ir á su casa á informarme

de doña Ana y de Leonor,
por salir de dudas tales,
cuál es de las dos con quien
viene don Lope á casarse. (*Vase.*)

(*Salen doña Leonor, doña Ana é Ines.*)

LEON. Hermana.
ANA. Señora mia.
LEON. A solas quisiera hablarte.
Déme el honor elocuencia (*Aparte.*)
para que rinda y allane
á su escrupulosa ley
amor tan ciego y constante.
ANA. ¿A solas, Leonor?
LEON. A solas;
y en cosa tan importante
á tu gusto y á tu honra,
que es lo más.
ANA. Pues cielos, dadme (*Aparte.*)
para el contento ó la pena
vida y esfuerzo bastante,
porque es la salud del gusto
tan delicada y tan frágil,
que la rinden tan apriesa
los bienes como los males.
Esto es, don Juan. ¡Ay, don Juan!
Quiera Dios que á conformarse
lleguen amor y fortuna.
Dí, pues, prosigue adelante,
y cree, sí, que tan pronta
la voluntad ha de hallarme,

que se mire obedecida
áun ántes de declararse.

LEON. ¡Qué bien entendida eres!
Al fin, tú has hecho las paces
de lo hermoso y lo entendido,
que jamas suelen juntarse.
Digo, pues... Ponte á esa puerta,
Ines, por si viene álguien.

INES. Mi oficio es obedecer,
como es el tuyo mandarme. (*Vase.*)

LEON. Sin escrúpulos de hermana,
como amiga, has de escucharme,
que consejo de mayores
enoja y no persuade.

ANA. Como tu amiga te escucho.

LEON. Pues advierte:
persuadirte quisiera, no ofenderte,
que soy tu amiga, y como tal me alejo
de que parezca injuria mi consejo;
y así, quiero primero que lograda
tu voluntad me escuche, y obligada,
pues es cierto que siendo bien nacida,
vendrá obligada en cuanto yo lo pida.
Tú quisiste á don Juan, y no me meto
en si acertaste ó no; pero en efeto,
tú, hermana, le quisiste,
y ya para marido le escogiste.
Eleccion que ni culpo ni replico,
pues es don Juan tan noble como rico,
y así en aquesta parte,
en vez de discurrir he de ayudarte;

que llega á ser la correccion ociosa
cuando el amor determinó otra cosa,
y conociendo que ayudarte es justo,
por ser decente á ejecutar tu gusto,
he llegado á pedir, para obligarte,
á mi tio que trate de casarte;
que habiéndonos sacado del convento
hoy para efectuar mi casamiento,
es casi ya forzoso,
teniéndote en su casa, darte esposo;
y yo, pues, á don Juan, porque abreviemos,
acordándole el deudo que tenemos,
tambien se lo propuse, porque entienda
cuán bien te está don Juan su mucha hacienda.
Y últimamente, supe disponello
de manera, que luégo vino en ello,
fiado de mi traza y de mi modo,
que lo disponga y lo ejecute todo.
Solamente mandó que se callase
hasta que con mi primo efectuase
el casamiento mio,
que quiere nuestro tio,
noble, osado y atento,
no dejar sospechoso el casamiento,
habiendo anticipado
á mi cercana boda el darte estado;
esto en tiempo tan breve
tu voluntad á mi cuidado debe.
Y pues ahora, hallándote obligada,
como noble no puedes negar nada,
de tu valor confio

tu pundonor, el de don Juan y el mio;
ántes no era indecencia
en el convento tu correspondencia,
donde el lugar sagrado y religioso
pone respeto al vulgo malicioso;
lo que hasta ahora fué galantería,
será en adelante demasía.
Y pues don Juan es noble y tu marido,
de parte de él te pido
que ofrece tu atencion de aquí adelante
en un amor constante,
sin que escuche favores de tus labios,
que ya de hoy más le sonarán agravios,
pues como esposo, escuchará celoso
favores que no dices á tu esposo;
y por si le pesare á tu marido
de lo que sin ser suya le has querido,
yo, hermana, luégo al punto le olvidara,
y en mi pecho otro amor edificara,
que aunque habrá sido tu querer tan puro,
has de seguir estilo más seguro;
que ha de ser la caricia en la casada,
de puro no aprendida, desairada.
En fin, hermana, lo que te he advertido
te importa á tí, y á mí, y á tu marido.
Atenta, pues, pondera
la obligacion que tienes á cualquiera,
pues á tí por honrada,
y á tu marido por enamorada,
y á mí, pues de tercera te he servido,
éstas y otras finezas te he debido.

ANA. Atenta y áun corrida te he escuchado,
porque de tus consejos he sacado
que has querido obligarme,
y has salido mejor con agraviarme,
pues no es razon que quieras, ni lo apruebo,
que á tí te deba lo que á mí me debo,
ni que intente comprarme las acciones
que dan de balde mis obligaciones,
y no he sentido ménos que ofendida
me obligues á no ser agradecida,
pues cuando así mi pundonor se trata,
es defenderle parecer ingrata.

LEON. Es tan cortés mi culpa,
que la ofendiera con cualquier disculpa,
si bien tu sentimiento es tan honrado,
que ha dejado corrido mi cuidado;
y así, quiero dejarte,
pues tú sabrás mejor aconsejarte. (*Vase.*)

ANA. Bien dice, que es delicada
tanto la salud del gusto,
pues aún no me deja el susto
gustar de hallarme casada.
Si bien á esta turbacion
otro mayor gusto debo,
pues examino de nuevo
hoy con ella mi aficion.

(*Sale Ines.*)

INES. ¿Señora?

ANA. ¿Ines?

INES. ¿Das licencia

de que te dé el parabien
quien deseaba tu bien
más que el suyo en mi conciencia?

ANA. ¿De qué?

INES. Todo lo he escuchado,
que confieso que me dió
ver que os estorbase yo
curiosidad y cuidado.

ANA. Pues ya sabes, en efeto,
Ines, el fin de mi pena;
te admito la enhorabuena,
y te encomiendo el secreto,
pues tambien escucharias
que me lo encargó Leonor.

INES. Para don Juan, mi señor,
no me lo dispensarias;
que entre estas nuevas á escote,
entre el suyo y mi cuidado,
mi ajuar tengo sitiado,
y consignado mi dote.

ANA. Ines, sí.

INES. Pues un billete
no excuses, porque imagino
que hoy se fué de aquí mohino,
porque aquel caballerete
anduvo muy demasiado.

ANA. ¿Y yo qué culpa tendré?

INES. Ninguna.

ANA. Pues háblale,
y dile lo que ha pasado,
sin que lo vea mi hermana,

que yo escribiré despues.

(*Salen don Juan y Mendo.*

Mas ¿qué miro?

MEND. Aquí está Ines
con mi señora doña Ana.

ANA. ¡Jesus, y qué atrevimiento!
¿Así os entrais?

JUAN. Sí, señora,
que la ocasion y la hora
apadrinaron mi intento.
Y porque no da lugar
á dilaciones mi amor,
digo que sólo (¡ay, dolor!)
sólo vengo á preguntar
con quién se casa doña Ana:
un don Lope... (¡ay, enemigo!)

ANA. Pues no se casa conmigo;
casaráse con mi hermana.

JUAN. ¿Y es eso cierto?

ANA. Tan cierto,
que si esta noche viniera
su esposo, esta noche fuera,
por amor y por concierto;
y así, dadle el parabien.

JUAN. ¡Hubo suerte tan dichosa!

ANA. ¿Y no venis á otra cosa?

JUAN. Sí, señora, que tambien
vengo á saber si las quejas
y las caricias de amor
se escuchan acá mejor

que entre hierros y entre rejas;
que allá es gala el escuchar
y costumbre el no creer.

ANA. Y aquí forzoso el temer
llegaros á aventurar,
si mi hermana, si mi tio
os hallasen, por mi amor,
os digo que ya mi honor
es vuestro, y el vuestro es mio,
porque Leonor supo hacer
que á don Pedro reducido...

INES. Díle que ya es tu marido,
y que tú eres su mujer,
sin fatigar sus deseos,
ni solicitarle un susto,
que cuando ha de ser un gusto,
no ha de darse por rodeos.
Que es miserable el agrado
que desmorona un contento;
como digo de mi cuento,
hoy tuvo fin tu cuidado.
Ya mi señora doña Ana
es tuya, que á mi señor
hoy se lo pidió Leonor,
que es á fe muy buena hermana.
Y el viejo pienso que allí
dió el sí; lo demas ahora
te lo dirá mi señora.

JUAN. ¿Es cierto, doña Ana?

ANA. Sí.
Y pues ya os ha dicho Ines

lo que apénas acertaba
yo á decir, bien lo mostraba
el alma, escuchad despues
de haber sabido que ya
he de ser vuestra mujer.

JUAN. ¿Cómo ha de ser, si ha de ser?
Como quisieres será.

ANA. Ines, yo estoy con cuidado.

INES. Descuida, pues aquí estoy.

(*Pónese á la puerta.*)

JUAN. Tú espera abajo.

MEND. Ya voy. (*Vase.*)

JUAN. Ya solos hemos quedado.

ANA. Verdad es que ya mi hermana
(Dios la guarde) tiene hecho,
con gana de hacerme gusto,
don Juan, nuestro casamiento,
y que la dió el sí mi tio,
si bien la encargó el secreto
hasta que otras conveniencias
nuestras tuviesen efecto.
¿Heos hecho gusto en decir
el estado que tenemos
en nuestras bodas, don Juan?

JUAN. El mayor.

ANA. ¿Estais contento?

JUAN. No lo acertaré á decir,
que sólo á sentirlo acierto.

ANA. Pues en albricias del gusto
que contestais que os he hecho,

me habeis de hacer otro á mí;
dadme palabra de hacerlo.

JUAN. Si es vuestro mi corazon,
mandadle vos como vuestro.

ANA. No nos hemos de ver más
hasta desposárnos.

JUAN. Eso,
si no es posible cumplirlo,
¿cómo puedo prometerlo?

ANA. Esto ha de ser, no hay que hablar,
que vuestro honor es primero
que vuestro gusto y el mio,
particularmente siendo
yo depositaria de él.

JUAN. Pues yo, señora, no entiendo
que mi honor...

ANA. Pues entended
que vuestro honor tiene riesgo;
que toman muchas licencias
dos cuando se están queriendo
y saben que han de casarse.
Y si por entónces fueron
finezas, despues parecen
finezas fuera de tiempo,
que es lo mismo que delitos.

JUAN. Verdad es, si de su dueño
no hubiese satisfaccion;
mas aquí, señora, creo...

ANA. Lo más seguro es mejor,
y ayudadme como cuerdo
á este modo de finezas,

que son tan en favor vuestro,
que el amor que en los casados
tuvo tales fundamentos,
vive en las almas seguro
de cuidados y recelos;
y es ésta la mayor dicha,
don Juan, que esperar podemos
del tiempo, de la fortuna,
de los hados y del cielo.
Corrida estoy, por mi vida, (*Aparte.*)
de haber reparado en esto,
porque quien discurre mucho,
quiere poco y siente ménos.
Idos presto, idos, don Juan,
que es peligroso este puesto
para que juntos nos vean,
y sobre todo el secreto
os vuelvo á encargar, don Juan.

JUAN. Así sepa obedeceros
en lo demas.

ANA. Pues adios. (*Vase.*)

JUAN. Él os guarde. Bueno quedo,
desterrado de doña Ana,
y casado á un mismo tiempo.
¿Ines?

INES. ¿Qué dices, señor?

JUAN. ¿Qué te ha parecido esto?

INES. Que tienes mujer honrada
y de lindos pensamientos,
y que en viniendo don Lope...

JUAN. Ya ha venido. Mas ¿qué es esto?

INES. Gente suena. Don Juan, vete.
PEDR. ¡Hola! (*Dentro.*)
INES. Mi señor don Pedro.
JUAN. Y don Lope. No quisiera
que me viesen.
INES. Vete presto.

(*Vase D. Juan, y salen D. Pedro, Martin y D. Lope.*)

PEDR. ¿Con quién estabas, Ines?
INES. Aquí estaba respondiendo
á un escudero, que ahora
trajo un recado.
LOPE. ¿Escudero (*Aparte.*)
que se recata (¡ay, honor!)
y abajo un hombre encubierto,
retirándose de todos?
Mas tened, vanos recelos,
que es muy honrada Leonor
para dudarlo tan presto.
PEDR. Ines, ¿qué hacen mis sobrinas?
INES. Solas están allá dentro.
Lindamente se escapó, (*Aparte.*)
que al fin no le conocieron.
PEDR. Llámalas; dí que conmigo
las aguarda un forastero.
INES. Voy volando. (*Vase.*)
LOPE. ¡Ay, Leonor mia! (*Aparte.*)
¡Quien pudiera poner freno
al miedo! Pero ¿qué importa,
si tu honor me quita el miedo?

PEDR. En fin, sobrino, ¿llegastes
en ocho dias y medio?
LOPE. ¿Qué mucho, si me traian
mis veloces pensamientos?
MART. Que haya podido seguirle
Martin, sin ser tan ligero
de pensamientos, señor,
es lo que te ha de hacer duelo,
que vengo cual digan dueñas.
¿Dueñas dije? Mal agüero
en noche de desposorio.

(*Salen doña Leonor, doña Ana é Ines.*)

LEON. ¡Si es don Lope!
MART. Llega presto.
y dale cuarenta abrazos.
¡Qué brava moza se ha hecho!
LEON. ¡Primo mio!
LOPE. Leonor mia,
¿no me abrazais?
LEON. Sí por cierto,
con el alma y con los brazos,
que es éste el lance primero
en que obligacion y gusto
se conformaron tan presto.
¿Cómo venis?
LOPE. No querais,
prima, hacerme tan grosero
que dudeis cómo vendré,
si á ser vuestro esposo vengo.
LEON. Dadme licencia que dude,

pues en la duda, granjeo
respuesta tan á mi gusto.

ANA. Primo, señor, ¿venis bueno?

LOPE. Perdonad, bella doña Ana,
que le llevó al cumplimiento
Leonor toda la atencion.
A vuestro servicio vengo.

ANA. Venir con Leonor tan fino
es la atencion que yo quiero,
que fuera desatencion
estar hoy cortés y atento.

MART. Sí, señora, que en los novios
diz que es fineza el ser necios.

PEDR. De aquesta caduca nieve,
que ya nos heló á los viejos,
es forzoso que resfrie
la vecindad de su hielo.
Y así, miéntras lo forzoso
del desposorio prevengo,
como ya está concertado,
sobrinos mios, os dejo,
para que vuestras caricias
salgan sin temor ni riesgo
de que os las hielen las canas
ni os las entibie el respeto.
Si vivieran vuestros padres...
hoy sólo los echo ménos.
Tú, doña Ana, prevendrás
lo necesario allá dentro.

ANA. Voy á hacer lo que me mandas.

LOPE. Adios, prima.

ANA. Luégo vengo. (*Vase.*)
PEDR. Voy, porque esta noche os deis
las manos. (*Vase.*)
LOPE. Eso deseo.
LEON. Bien debes esta fineza
al gusto con que te espero.
LOPE. Esto no es pagar, Leonor,
sino hacer deuda de nuevo.
MART. Y tú, Inés, ¿no te entretienes
tambien de verme?
INES. Grosero,
aparta allá.
MART. Pues ¿no ves
lo que hacen nuestros dueños?
Nunca has sido en la comedia
criada, si innovas esto,
que han de ser monos y monas
las sirvientas y sirvientos
de sus amos, que es la gracia
más grata á los mosqueteros.
INES. Por más chanzas que me digas,
ni me engañas, ni hay remedio,
que es muy repulida Ines,
y viene Martin muy puerco.
MART. ¡Oh, qué aliñado melindre!
Para mi cólera es bueno,
juro á Cristo; si te cojo
de esas faldas de tudesco...
INES. No hago caso de picaños.
LEON. Tres meses há que murieron,
y te confieso, don Lope,

que cada vez que me acuerdo
de su muerte (¡ay, padres mios!),
la vuelvo á llorar de nuevo,
que en padres que son amigos
es doblado el parentesco.

LOPE. Tienes razon.

LEON. Desde entónces,
pues, me retiré á un convento,
de la casa de mi tio;
aunque segura del riesgo
por ella, por mí no era
decente recogimiento.
Y como á mí me debia
esta atencion, no he hecho
caso de que tú lo sepas,
por no hacerte cargo de ello;
así tu ausencia pasaba
triste y gustosa.

LOPE. ¿En convento
dices, Leonor, que has estado?
De que me dijo me acuerdo (*Aparte.*)
don Juan... ¿Y cuándo saliste?

LEON. Hoy he salido, creyendo
que venias.

LOPE. Pues han muerto (*Aparte.*)
las sospechas, porque hoy
las evidencias nacieron.
Hoy me dijo don Juan que
salió su querido dueño
de un convento, donde entró
cuando sus padres murieron.

LEON. ¿Qué es esto, primo, qué tienes?
LOPE. No es nada.
LEON. Si no estás bueno...
LOPE. Don Juan mudó de semblante (*Aparte.*)
cuando oyó mi casamiento.
LEON. ¡Oh, lo que tarda mi tio!
LOPE. ¡Y dos hombres encubiertos! (*Aparte.*)
LEON. ¿Qué piensas? ¿En qué imaginas?
LOPE. No he de casarme.
LEON. Vé presto,
Ines, y mira si ya
vino mi tio.
INES. Voy luégo. (*Vase.*)
LOPE. Antes, con vuestra licencia,
será bien que dilatemos
hasta mañana la boda;
que esta noche es tarde, y vengo
de lo mucho que he corrido
cansado.
LEON. ¡Cielos! ¿Qué es esto? (*Aparte.*)
¿Don Lope tan caricioso,
y don Lope á un mismo tiempo
(¡sin alma estoy!) desabrido
dilata su casamiento?
LOPE. Ciertas fueron mis sospechas. (*Aparte.*)
LEON. ¡Valedme, valedme, cielos, (*Aparte.*)
que áun no me atrevo á sufrir
la mitad de lo que temo!
LOPE. Digo, Leonor, que mañana...
LEON. Mirad, don Lope, primero...
LOPE. Disimulemos, honor. (*Aparte.*)

LEON. Si mi honor, pues es el vuestro,
de esta breve dilacion
puede correr algun riesgo,
que importa ménos mi vida,
y la vuestra importa ménos
que dar que decir un hora
áun á nuestros propios deudos.
Esto os advierto, porque
en vuestro semblante veo,
si bien con borradas letras,
que es mayor el fundamento
que os obliga á suspender
la boda. Mirad que os ruego,
si es legítima la causa
que os puede obligar á ello,
que me la digais ahora.
Y si (¡ay, Dios!) no acierta el pecho
á prevenirme razones
ni á comunicarme aliento,
y si puedo ser culpada,
aunque haya ignorado el yerro,
que sí habré, porque jamas
os ofendió el pensamiento,
me lo decid, que yo propia,
yo propia, viven los cielos,
os vengaré de mí misma, (*Llora.*)
que soy honrada, y os quiero,
don Lope, más que á mi vida.

LOPE. Leonor, no llores, ¿qué es esto?
¡Ay, Leonor, ay, Leonor mia, (*Aparte.*)
ay, lágrimas, ay, recelos,

ay, razones, que mi industria,
intentábades de nuevo,
pues, sin dejarme seguro,
me estábades persuadiendo!
Prima, por vida de entrambos,
que no hay mayor fundamento
que haber llegado tan tarde
á tus brazos y á tu pecho;
bien puedes asegurarte
que, por tu vida, que es esto.

LEON. Por fuerza te he de creer,
porque ni alcanzo ni entiendo
que puedas creer otra cosa,
aunque en tus acciones veo
lo contrario que en tus labios;
luego á mi inocencia vuelvo,
y pienso que no me engañas,
en vano engañarme intento.

LOPE. Algo he de hacer por Leonor; (*Aparte*)
yo vuelvo á dudar de nuevo
cuanto he visto; amor me saque
de tan peligroso empeño:
de nuevo he de examinar
en la calle si hay terrero,
y en casa si hay novedades,
que á los ojos de un atento
no habrá accion disimulada
ni designio habrá severo.
Adios, Leonor, y mañana
no estén tus ojos tan tiernos,
que son, vísperas de bodas,

las lágrimas mal agüero.

LEON. Id, don Lope, descansad,
entretanto que yo quedo
muriendo de desdichada.

LOPE. Leonor, ¿por qué dices eso?

LEON. ¿Por qué? Porque no hay Leonor
para dos pesares de éstos.

LOPE. Ofendido y tierno voy:
queda adios. (*Vase.*)

LEON. Guárdete el cielo.

MART. Oigan, ¿luego no se casan?
Luego lo vi que era cierto
en la jornada primera,
no lograrse un casamiento. (*Vase.*)

LEON. Pues hemos quedado á solas,
entremos en cuenta, honor,
no el amor me precipite,
diciéndome: ¿Qué haceis vos
á solas? A vos os quiero,
espérese allá el amor,
que propone como niño
y ejecuta como dios.
Sepamos, pues, honor mio,
lo que nos toca á los dos,
que es dos veces prevenida
la temprana prevencion,
y adelantar el remedio
á un mal que ha de ser mayor,
es tener en la fortuna
no sé qué jurisdiccion.
De vos espero consejo

que advierta mi confusion,
que mi afecto desengañe,
y que engañe á mi dolor.
Vuestra vida sólo precio;
muera el gusto, vivid vos,
y acabe en flor esta vida,
si aún no se embaraza en flor.
Lloren su muerte los ojos,
ántes que (¡sin alma estoy,
que trae muy malas señales
esta breve dilacion!)
ántes que ofendidos lloren,
como honrados, el menor
escrúpulo que conozcan
en vuestra honrada opinion.
Yo confieso que don Lope
fué tomando posesion
del corazon y del alma,
casi sin saberlo yo,
que en esta ausencia (¡ay de mí!)
el recato dispensó,
creyendo que era yo suya,
grata comunicacion.
decente correspondéncia
y cortés conversacion.
Estos apacibles lances
(¡Ay, don Lope! ¡Ay, pundonor!)
si no enamoran de priesa
á mujeres como yo,
van imprimiendo en el alma
una tibia inclinacion,

que es luégo agradecimiento
y despues estimacion,
y al primer inconveniente
se averigua que fué amor.
De esta suerte se fué entrando
don Lope en el corazon
con tan poca culpa mia,
que apénas sé hasta hoy;
he querido que sepais
el triste estado en que estoy,
porque no fieis de mí
ninguna resolucion:
si bien don Lope (¡ay, don Lope!)
pudiera ser mi fiador,
si áun para con él me importa
cumplir primero con vos.
¡Qué corta ventura tengo,
pues cuando es dicha mayor
morir una desdichada,
he menester vivir yo,
porque negocie mi muerte
por excusar el dolor,
que temo será descanso
muy á costa de los dos.
Pues yo quedo sin don Lope,
y vos quedais (¡qué rigor!)
incapaz, si ahora os falto,
en cualquier satisfaccion;
pues vivir y no tomarla,
aún lo tengo por peor,
porque muere muchas veces

quien vive sin opinion.
Pues obligar á mi primo
de nuevo, no es bueno, no,
que tiene color de culpa
la fineza sin razon.
Callar es muy de culpados,
dar voces no es de atencion,
lágrimas remedian poco,
ruegos manchan el valor,
quejas desobligan mucho,
disimular no es razon,
desdenes son sospechosos,
y las caricias lo son,
que no hubiera desdichados
si hallara la prevencion
remedio, que corrigiera
su irremediable dolor.
El amor me quiére viva,
viva me quiere mi honor;
pues si el morir no es remedio
á ninguno de los dos,
y ambos á dos nos condenan
á vivir, ea, Leonor,
vivamos, porque no mueran
el honor y la opinion.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Lope y Martin.

LOPE. ¡A qué infelice estado
(¡ay, Leonor!) ha llegado
mi poca dicha y mi contraria suerte,
pues ni puedo olvidarte ni quererte!
En tu semblante y tu descuido veo
la disculpa, que busca mi deseo;
ni en casa ni en la calle
hallo indicios que puedan inquietalle;
y cuando amor, creyendo su disculpa,
quiere darte por libre de esta culpa,
mi honor, que es juez, y tiene averiguados
los indicios pasados,
juzga segun lo escrito,
y sin tener yo culpa en el delito,
cargando sobre mí toda la pena,
á morir y á no verte me condena.
¡Ah leyes, como injustas, rigorosas!
MART. El juicio he de perder con estas cosas.
Desde la noche que don Lope vino,
no sé qué diablos tiene. (¡Pierdo el tino!)
Parecé que el juicio le ha faltado,
ó que está endemoniado,

porque con ansia divertida y ciega,
ni come, ni descansa, ni sosiega.

LOPE. En mi confuso estado
es dos veces cuidado mi cuidado,
pues no comunicado me atormenta
y con todo me afrenta,
y si es don Juan, á quien primero niego
el pesar que ha turbado mi sosiego,
pues cuando me pregunta como amigo
de mis tristezas la ocasion, le digo
que una nueva hermosura
que vi despues que vine (¡qué locura!),
por no decir mi intento,
de repente mudó mi pensamiento,
y con Leonor estoy desazonado,
que quien no disimula su cuidado
con quien su honor ofende,
parece que pretende,
cuando se le descubre ó se le cuenta,
como tercero componer su afrenta.

MART. Reventaré si no se lo pregunto,
para ver si es verdad lo que barrunto.
¿Señor?

LOPE. Martin, ¿qué quieres?

MART. Que pues mi dueño eres,
y sin salario te he servido tanto,
me saques, si es posible, de este encanto.
Tú partiste de Flandes,
haciendo por Leonor finezas grandes.
Tú llegaste á Madrid enamorado,
y en habiendo llegado,

la noche que llegaste,
la boda dilataste
hasta el dia siguiente,
y despues, sin haber inconveniente,
la vas dejando, triste y desabrido,
dando á entender que estás arrepentido.
¿Pues esto en qué consiste?
Sépalo yo, por Jesucristo.

LOPE. ¡Ay, triste!
La buena ley te estimo que has mostrado,
mas no es comunicable mi cuidado.
Sólo podrá decirte mi secreto
que el no tener efeto
esa noche que dices el casarme,
fué que esa noche pudo retirarme
un caso tan violento, tan forzoso,
que fué más que mi prima poderoso.

MART. ¿Más pudo que Leonor ese cuidado?
Que me maten si no es lo que he pensado.

(*Sale don Juan.*)

JUAN. ¡Oh! ¡Qué á mi gusto muero! Pues ausente
muero, doña Ana, sólo de obediente,
porque á vivir y verte no me ajusto
tanto como á morir por darte gusto.
Si bien es tanto el fuego que me abrasa,
que á tu calle me trae, por ver tu casa,
que mientras llego á merecer tu cielo,
con adorar la casa me consuelo.
Mas la puerta es ésta. ¿Don Lope, amigo?

LOPE. El mismo solicita su castigo. (*Aparte.*)

Bien venido, don Juan.

JUAN. Seais bien hallado;
tiéneme vuestro amor con tal cuidado,
que á poderos servir como deseo...

LOPE. De vuestro amor cualquier fineza creo.
Como me juzga de Leonor esposo, (*Aparte.*)
dice que yo le tengo cuidadoso.

JUAN. ¿Abrásaos tanto la amorosa llama
de aquella nueva dama
que á mi amistad fió vuestro secreto?

LOPE. Tanto, don Juan, me abrasa, que os prometo
que sólo esto me obliga á no casarme
ó á dilatarlo más.

JUAN. Para matarme,
pues mi fortuna toda (*Aparte.*)
depende del suceso de la boda.

LOPE. Y á vos, don Juan, decid por vida mia,
¿cómo de amor os va?

JUAN. Desde aquel dia
ni mal, ni bien, por cierto inconveniente
que lo ha estorbado.

LOPE. ¿Qué más claramente (*Ap.*)
puede decir, de su pasion vencido,
que yo el estorbo de su amor he sido?
Dénme los cielos (¡ay, honor!) paciencia.

JUAN. ¿Teneis que hacer alguua diligencia,
don Lope, hacia Palacio esta mañana?

LOPE. A serviros iré de buena gana.

JUAN. ¿Ahora á cumplimientos nos tornamos?

LOPE. Esto no es cumplimientos.

JUAN. Vamos.

LOPE. Vamos.
JUAN. ¡Ay, sagrados umbrales! (*Aparte.*)
LOPE. ¡Ay, causador injusto de mis males! (*Aparte.*)
Luégo vuelvo, Martin.
MART. Aquí te esperó. (*Vanse*)
LOPE. Muera Leonor así, pues que yo muero.
MART. Ya que he quedado solo,
aunque traicion parezca, engaño ó dolo,
á fe que he de apurar, tope ó no tope,
los secretos de don Lope,
por Leonor, que por Dios que me ha enfa-
(dado
el terminillo que con ella ha usado;
porque es un ángel, y le está queriendo
al mismo paso que la está ofendiendo,
y una sospecha tengo que me tiene.
Esta es Ines; á lindo tiempo viene.

(*Sale Ines.*)

INES. Hoy de don Lope saldrá
á luz el término ruin,
que no es lerda Ines, y ya
he dado yo con Martin.
Mira, Martin.
MART. Desde allá,
que me va por interes
el hablarte como ves.
INES. Llégate acá.
MART. No me acerco,
que viene Martin muy puerco,

y es muy repulida Ines.

INES. Guardada me la tenias,
pues no puedo yo burlarme.
Voy al caso: ¿no me harias
un placer?

MART. Sin acercarme.

INES. Deja esas necias porfías,
que no vengo de ese humor;
hame mandado Leonor
que sepa...

MART. Voyme acercando,
que ya estaba reventando
por culpar á mi señor.

INES. Anda mi señora loca...

MART. Ahora, Martin, desembucha.

INES. Por saber qué le provoca.

MART. Tener ella razon mucha,
y él tener firmeza poca.

INES. ¿Tiene otro amor?

MART. No lo sé;
pero lo que yo he pensado...
Guarda secreto.

INES. Sí haré.

MART. Pues no llevo mal pensado,
Ines, lo que te diré.
Yo pienso que mi señor
y la hermana de Leonor...

INES. ¿Quién? ¿Mi señora doña Ana?

MART. Se miran de buena gana,
aunque recatan su amor,
porque tanta novedad

nace de su voluntad.

INES. ¿Y en qué lo fundas?

MART. Lo fundo
en que es uno todo el mundo,
y no hay lealtad con lealtad;
y hame dado más creible
otra razon infalible.

INES. ¿Y es?

MART. Que ya es suya Leonor,
y parécele mejor
doña Ana, por lo imposible.

INES. Esa es gran malicia.

MART. Así,
y esto podrá serlo.

INES. Dí.

MART. Pues sábete que no hay noche
que don Lope no trasnoche
recatándose de mí.
Y aunque he temido enojalle,
he procurado escuchalle,
yéndome yo á pasear,
y viéndole oculto rondar,
nunca sale de esta calle;
y pues busca en las ventanas
á deshoras sus amores,
fueron presunciones vanas
pensar que busca á Leonores,
habiendo en casa Doñanas.
Y tiene otro fundamento,
que no es para mí el menor:
dice que un caso violento,

que pudo más que Leonor,
deshizo su casamiento.
Infiere tú ahora, pues,
con los indicios que ves
de tan rara calidad,
si es malicia ó si es verdad
lo que presumes, Ines.

INES. ¿Eso tenía encubierto
doña Ana? ¡Pobre don Juan!
Martin, téngolo por cierto.
Esos indicios podrán
hacer convencer á un muerto.

MART. El querer tanto á Leonor
me ha obligado á revelarte
este secreto, este amor,
y tambien por obligarte
á que me trates mejor.

INES. Ya yo sé que eres honrado.
Lindamente he negociado,
aunque no muy á mi gusto,
pues dos pesares y un susto
llevo á Leonor de contado,
que es rigor sobre rigor
celos, y más de su hermana.

MART. Esto basta, y va de amor.

INES. Déjalo para mañana,
que ahora viene Leonor,

MART. Desgraciado mi amor es.

INES. Véte.

MART. Volveré despues. (*Vase.*)

INES, Digo que el galan venía

para mi caballería
muy apropósito.

(*Sale doña Leonor.*)

LEON. ¿Ines?
INES. Temblando estoy de decir
lo que no es bien encubrir.
¿Cómo te va de pesar?
LEON. No sé, Ines.
INES. Deja el llorar,
no ha de ser todo sentir.
LEON. Si de mi mal la ocasion
llegase, Ines, á sentir,
que es consuelo el padecer,
descansara el corazon
con razon ó sin razon;
mas llorando los desvelos,
entre confusos recelos,
porque más mi amor se sienta,
no sé si lloro mi afrenta.
INES. Pues dices que averiguar
sintieras ménos, señora,
la causa de tu pesar,
¿qué confusa te apasiona?
Y pues que dices tambien
que en un corazon estorban
las penas de que está lleno,
¿á quién puedan caber otras,
te digo?
LEON. Engáñaste, Ines,
que las penas se conforman

en cualquier pecho, de modo
que en cualquiera caben todas;
porque si no, fuera alivio
la pena más rigurosa,
pues defendiera de muchas
el agravio de una sola.
Prosigue, y si es pesar nuevo
venga el pesar en buen hora,
que variedad de fatigas
divertirán la congoja.

INES. Digo, pues, señora mia,
que una pasion amorosa
de don Lope, mi señor,
basta á suspender tu boda.

LEON. Tras la pena de confusa,
don Lope, la de celosa;
pues que te importó la una,
no me excusarás la otra.
¿Y has podido averiguar,
Ines...

INES. Escucha animosa,
que ha menester tu valor
esforzarse mucho ahora.

LEON. Dí.

INES. Mi señora doña Ana...

LEON. ¿Mi hermana?

INES. Tu hermana propia
favorece de secreto
y habla á don Lope á deshora.

LEON. ¡Válgame Dios! ¡Mucho pesa
este pesar, mucho postra

esta fatiga! ¡Mi hermana!
¡Mucho este dolor me ahoga!
Bien se estaba el corazon
dudoso, pues entre todas
las penas que imaginaba,
no la halló tan rigurosa.
¿Y sabes con fundamento
esta traicion?

INES. Sí, señora,
que no te quiero tan mal
que te diera tan forzosa
fatiga si no supiera
muy de raíz estas cosas.
Martin me lo ha dicho todo:
á ternura me provoca.

LEON. ¡Habrá dolor como el mio,
pues en una pena propia
hallo un marido alevoso,
y hallo una hermana traidora!
El corazon lo pondere,
no lo pondere la boca;
basta que una vez lo sienta,
sin que dos veces lo oiga.
Don Lope á mi hermana (¡ah, ingrato!),
mi hermana á don Lope (¡ah, loca!);
mas yo lo soy, pues que sufro
una infamia tan notoria.
Ven, Ines, que muy despacio
me quiero informar á solas
de este mi nuevo pesar;
dos traiciones, dos deshonras.

¡Venganza, cielos, venganza!
¡Ah, traidor! ¡Ah, alevosa! (*Vase.*)

INES. Muerta va; por vida mia,
que me ha picado de forma
esta traicion, que á poder
declararme, sin dar nota,
en defensa de Leonor,
hiciera una accion heroica. (*Vase.*)

(*Salen don Lope y don Pedro.*)

PEDR. A solas me has de decir
si con mayor fundamento
dilatas tu casamiento
del que te acabo de oir.
Que si es sólo á pretender,
vengo en ello.

LOPE. Si no fuera,
señor, no te lo dijera.
¿Qué otra cosa puede haber?
En pretendiendo soldado,
que dejó sus ejercicios,
se olvida de los servicios
despues de estar ya casado.
Arroja la pretension
al piélago del olvido,
que aunque es el haber servido
razon, es flaca razon
estar dispuesto á servir.
Es el servicio mayor,
y así se premia mejor
al ir siempre que al venir.

PEDR. Dices bien; porque el servicio
de hacer mercedes ó no,
no es que un soldado sirvió,
sino que está de servicio.
LOPE. Así quiero por Leonor,
no por mí, dejar premiados
ántes brios tan honrados
y asegurado mi honor. (*Aparte.*)
PEDR. Voy, pues, con esa razon
á consolar á tu prima,
siquiera porque te estima
con tan prudente atencion.
Que aunque estos dias andaba
con ciertas melancolías,
sería porque estos dias
tus designios ignoraba;
mas ya que parece justo
dilatar tu casamiento,
don Lope, con esto intento
volver el pesar en gusto.
Tú tambien procurarás
alentarla; ven conmigo,
que de su parte me obligo
á que lo conseguirás;
que sé que te estima mucho,
que es muy cuerda mi sobrina. (*Vase.*)
LOPE. No sé qué razon me inclina
á no dudar lo que escucho.

(*Sale doña Ana.*)

ANA. Don Lope, la dilacion

de la boda de mi hermana
ha de acabarme.

LOPE. Doña Ana,
¿qué mandais?

ANA. Toda es traicion. (*Aparte.*)
Don Lope, yo quiero tanto
sobre el natural amor
de parentesco á Leonor,
que es uno el placer y el llanto
de las dos, porque jamas
sus lances, malos ó buenos,
ni á mí me alegraban ménos,
ni ella los doraba más.
Y así me toca saber,
pues me toca la mitad
del dolor, qué novedad
os obliga á suspender
la boda. Si no es que toda (*Aparte.*)
la pena viene á tocarme,
pues hoy depende el casarme
del suceso de la boda.
¿Qué venenoso accidente,
qué ponzoñosa inquietud
inficionó la salud
de tu amor tan de repente,
que parece oculto amor,
y luégo no lo parece,
porque ni mengua ni crece
el descanso ni el dolor?
Y aunque yo no creo nada,
dice mucho, te prometo,

ese parlero secreto
y esa inquietud sosegada.
Bien dice don Juan, á fe, (*Aparte*)
que otro amor le ha divertido.

LOPE. Ya yo tengo respondido
á nuestro tio por qué
esto se va dilatando,
y no me detengo ahora
en decírtelo, señora,
porque me queda esperando.

ANA. Primero me has de escuchar.

(*Detiénele, y salen doña Leonor é Ines al paño.*)

INES. Aquí están.

LEON. ¡Fuerte rigor!

ANA. Advierte que si Leonor
llega, primo, á imaginar
la causa de tu pasion,
es forzoso que se ofenda.

LEON. Ya se teme que yo entienda
mi desdicha y su traicion.
Pierdo el juicio.

INES. Háblame quedo.

ANA. ¿No me dices más?

LOPE. Mañana
lo sabrás todo, doña Ana.

LEON. No lo sabrá si yo puedo.

ANA. Primo, para quien desea
es largo el plazo de un dia.

LEON. Por si yo no lo creia,
ha querido que lo crea.

LOPE. Queda á Dios. (*Vase.*)
ANA. Vete con Dios,
y haz cuanto puedas en esto,
que me va mucho.
INES. ¡Qué presto
se conformaron los dos!
ANA. ¡Qué quieto, qué divertido
ha estado, qué presuroso!
LEON. Ya declararme es forzoso. (*Salen.*)
INES. No dirás que te he mentido.
ANA. ¡Pobre Leonor! Aquí está.
LEON. Mas ¡qué largo se le hacía
el plazo de sólo un dia!
ANA. ¿Cómo te va?
LEON. Mal me va,
y ahora mucho peor
con lo que acabo de oir.
INES. Pues habla y deja el sentir
para despues del dolor.
ANA. Ahora bien, yo quiero hablar (*Aparte.*)
con mi hermana claramente,
porque mi amor no consiente,
por excusarle un pesar
que despues ha de saber,
dejar que viva engañada
y que viva desairada,
sin poderse defender.
Leonor, tú has de hacer por mí
luégo un negocio importante.
LEON. ¿Hase visto semejante (*Aparte.*)
desvergüenza?

ANA. Escucha.
LEON. Dí.
ANA. Hágote, hermana, saber
que don Lope, nuestro primo,
por otro amor ha dejado
de desposarse contigo.
Otro amor tiene encubierto,
y así, Leonor, te suplico
que al punto rompas con él
la plática, y con mi tio
de tu boda, ántes que quiera,
como amante inadvertido,
intentar algun desaire;
que en su desden y retiro
se conoce su disgusto,
por más que quiere encubrirlo.
LEON. ¿Adónde va esta mujer (*Aparte.*)
á parar? ¿Si está sin juicio?
Que es género de locura
contar su propio delito.
A descubrirme se atreve
sus traiciones.
ANA. Yo he sabido
que enamorado don Lope...
Temblando estoy de decirlo, (*Aparte.*)
que á un enfermo fatigado
le mata el remedio mismo.
Al fin, hermana, don Lope
está con otros designios,
y otros pensamientos tiene
despues que de Flandes vino:

otra dama ha visto ya,
á quien adora rendido
más que á su vida, y de quien
dice que ha de ser marido,
porque se muere por ella.
Así, Leonor, me lo ha dicho
quien lo sabe: esto es verdad;
y así, estando aquí conmigo,
me lo dió á entender él propio.
No digo bien, me lo dijo (*Aparte.*)
con los ojos y el semblante.
Y pues á tiempo has sabido
el engaño de don Lope,
sírvate el engaño mismo
de prevencion, de remedio,
de desengaño y alivio.
Mucho duele el desengaño,
verdad es, pero yo libro
tu descanso en tu dolor,
que es remedio de entendidos.
Tú eres cuerda, y podrá más
tu entendimiento contigo
que ese dolor que te rinde
y ese amor que te ha vencido.
Y así, pues ves que te pagan
las caricias con desvíos,
con sequedad las ternuras,
y las ansias con retiros,
vuélvase en odio el amor,
la presuncion en aviso,
las finezas en venganza,

y los afectos en bríos;
que las lágrimas que ayer
eran bellísimo aliño
de tu rostro, serán hoy
mancha de tu rostro mismo
si no te sacas del pecho
ese encubierto enemigo,
que vil, que tiranamente
se burla de tu albedrío.
Tu llanto airado le niegue,
consúmale el fuego activo
de su pecho, y rasgue el tuyo
el aire de sus suspiros;
que ya, Leonor, que hasta ahora
la dilacion he temido
de tu boda, porque al fin
la mia estaba á peligro,
paso de muy buena gana
porque el casamiento mio
se alargue, se trueque ó pierda,
de que excuses tal marido.

LEON. ¿Qué de maneras de agravios, (*Aparte.*)
qué de suertes de delitos
va engendrando una traicion,
pues cautelosa ha querido,
despues de haberme contado
su amor con tal artificio,
para que yo desconfie
totalmente de mi primo,
darme á entender que por mí
pasará por el martirio

de ver dilatar su boda!

ANA. Mira, supuesto lo dicho,
lo que por tí puedo hacer
en lance que es tan preciso,
que al punto quiero pagarte
lo mucho que te he debido.

LEON. Que no apures mi paciencia,
sólo, doña Ana, te pido.

ANA. ¿Pues por qué me dices esto?

LEON. Bien sé por lo que lo digo,
y no quieras añadir
á delito tan indigno
más malicia con negarle.

ANA. ¿Qué delito?

LEON. ¿Qué delito?
Mucho fias de tu engaño.
El que oyeron mis oidos,
el que yo misma toqué,
el que mis ojos han visto.

ANA. Sin duda que la congoja (*Aparte.*)
la hace decir desatinos.

INES. ¡Oh, qué bien que disimula! (*Aparte.*)

ANA. Y así advierte...

LEON. Ya te digo
que no apures mi paciencia,
pues bien ves que me reprimo
cuanto puedo, porque el ansia
no me obligue á un precipicio.

ANA. Por tu vida, que no entiendo
palabra de lo que has dicho.

LEON. Yo diera un brazo porque

no me hubieras entendido;
mas ni tú has sido tan fina,
ni yo tan dichosa he sido.

ANA. Ahora te entiendo ménos.
Ines, ¿qué es esto?

INES. ¡Oh, qué lindo!
No sé nada; bueno es
negar lo que habemos visto.

LEON. No quiero decirte ahora
más, pero yo te convido
á que lo escuches á tiempo
que no puedas encubrirlo.

ANA. Con grande seguridad
hablas: ¿en qué te he ofendido
para estar yo de tu ofensa,
Leonor, tan á los principios?
Sí, culpa sin intencion
podré haberla cometido;
mas si he de venir en ella,
dúdala, aunque la hayas visto,
que soy tu hermana y tu amiga,
y soy noble, y te he debido
mucho, para que no fies
más que de tus ojos mismos
estos respetos que el alma
te confiesa tan precisos,
que siempre el alma ha tratado
más verdad que los sentidos.

LEON. A fe que no has menester
consejera, que has salido
de la escuela del amor

docta en desmentir indicios.
Mas no gastemos razones,
tú en negarlo, yo en decir lo
que tengo. Sabe que está
el tiempo tan entendido,
que para aclarar secretos
y para apurar indicios
sirve el combate de lengua,
los ojos sirven de oidos,
de pregunta la atencion
y de lengua el error mismo.
Y así las disculpas ya
no pasan en este siglo
contra la verdad, que muda
se informa de los indicios.

ANA. Pues si las disculpas ya
no pasan, como tú has dicho,
y de nuevo te apasiona
el negar que te he ofendido,
dejarte sola, es dejarte
con la mitad de tu alivio,
pues la mitad de tu pena
te nace en estar conmigo.
Quédate adios.

LEON. Vé con Dios.

ANA. ¡Hay tan grande laberinto
de dudas! Sin juicio estoy,
ó está Leonor sin juicio. (*Vase.*)

LEON. Sepamos qué debo hacer
en pena tan declarada,
que no se remedia nada

con llorar y padecer
cuando se llega á ofender
la pasion y la lealtad;
y pues en cada verdad
voy hallando un escarmiento,
sírvame el entendimiento
esta vez de voluntad.
Examinemos primero
los pesares uno á uno,
que son muchos, y ninguno
llega á matarme el postrero;
que ponderándolos quiero
irritar más mi pasion,
porque oyendo el corazon
sus pesares en mis labios,
salga á vengar sus agravios
con mayor obstinacion.
Don Lope me está ofendiendo,
doña Ana lo está negando,
y entrambos se están holgando
de verme vivir muriendo.
Mi tio está defendiendo
de don Lope las acciones,
yo estoy viendo sus traiciones,
y todo viene á parar
en matarme y en dejar
mi opinion en opiniones.
Porque los que han reparado
en que ayer don Lope vino
tan caprichoso y tan fino,
y hoy le miran tan mudado,

pensarán contra mi estado
(¿quién lo duda?) lo peor;
pero allí viene.

(*Salen don Lope y Martin.*)

LOPE. ¡Ay, Leonor! (*Aparte.*)
¿Quién dijera, quién pensara
que una ausencia malograra
tantos empeños de amor?

LEON. Ahora bien, yo he de acabar (*Aparte.*)
de una vez con estas cosas,
que se hacen más sospechosas
con sufrir y con callar.

LOPE. Ahora bien, yo la he de hablar (*Aparte.*)
fingiéndola amor (¡ay, cielos!),
para ver si en sus desvelos
la caricia y el favor,
ó aseguran mi temor,
ó califican mis celos.
Llego, pues.

MART. Dí, ¿sabe el caso
ya Leonor?

INES. Y áun los ha visto
juntos.

MART. Pues por Jesucristo,
que ha de ser valiente paso.

LEON. Yo me hielo.

LOPE. Yo me abraso.

LEON. Mi amor y mi honor me den (*Aparte.*)
esfuerzo.

LOPE. Leonor, mi bien...

LEON. Bueno, en verdad.
LOPE. Los enojos
cesen, pues vivo en tus ojos,
á pesar de tu desden.
¡Con qué tibia desazon (*Aparte.*)
mueve el l abio! Que un agravio,
lo que no declara el labio,
lo siente en el corazon.
LEON. Esta es mayor confusion; (*Aparte.*)
mas de ésta y de la primera
saldremos de esta manera.
LOPE. ¿No has de responderme, en fin?
LEON. Ya os respondo. Ines, Martin,
esperadnos allá fuera.
LOPE. Esta prevencion me ha dado, (*Aparte.*)
y más viendo sus extremos,
que pensar.
INES. Ya obedecemos.
MART. Y nos vamos de contado.
LOPE. ¡Qué confuso, qué alterado (*Aparte.*)
anda un celoso!
MART. Por Dios,
que quedais buenos los dos;
mas presto os concertareis. (*Vanse.*)
LOPE. ¿A mí á solas me quereis?
LEON. A solas os quiero á vos.
Don Lope, ya el sufrimiento
me falta de puro honrado,
que aunque sufrir es de nobles,
sufrir mucho es de villanos.
¿Escúchanos álguien?

LOPE. No.
Decid, que solos estamos.
LEON. Y así, ni quiero ni puedo
disimular más mi agravio,
que parece cobardía,
y no valor, callar tanto.
Dos meses há que llegaste
de Flandes, enamorado
al parecer, si bien ya
he sabido lo contrario,
porque me han dicho que otros
amores os obligaron
á la novedad que haceis
desde entónces. No me espanto,
que sois hombre de buen gusto,
y era forzoso abrasaros
en fuego que os alumbrara
con más generosos rayos,
que yo jamas, como veis,
ni fuí hermosa, ni hice caso
de que mi talle y mis ojos
diesen á nadie cuidado.
Esto he sabido, y no es esto
aún en lo que más reparo,
que morir sólo de celos
es dolor, mas no es agravio.
LOPE. ¡Ah, falso traidor! Tú fuiste (*Aparte.*)
quien descubrió como falso
á esta ingrata los amores
que te fingió mi recato,
para hacer ménos preciso

para contigo mi enfado.
¿Qué más claro saber puedo
que os comunicais entrambos?
De celos rabio.

LEON. Don Lope,
no pido celos, quietaos;
ántes quiero que mis celos
me sirvan (¡remedio extraño!)
aquí de satisfaccion,
de alivio y de desagravio,
que pues murió nuestro amor
tan presto... Mas voy al caso,
que nada le importa ménos
que ternuras á un agravio.
Vos llegaste, como digo,
á Madrid, si no inclinado,
afable, entendido y tierno,
cortés, apacible, blando,
muy retórico de ojos,
despues de amores tan largos,
aquella noche infelice,
(¡ay, desdichas!) á casaros;
y aunque mudaron de intento
tan presto vuestros cuidados,
esto fué, pues hizo á todos,
porque importó lo contrario,
que no quiso la fortuna
que faltase en este caso
circunstancia que pudiera
hacerle más desdichado.
En fin, como iba diciendo,

todos, don Lope, os juzgaron
por enamorado entónces.
Sola yo pude dudarlo,
porque sola yo sabía
mi dicha; mas luégo hallaron
los mismos que poco ántes
vieron estar tan extraño
accidente en vuestro gusto,
vuestro placer tan turbado,
vuestra inquietud tan ardiente,
tan tibio vuestro agasajo,
tan pronto vuestro desvío,
tan remiso vuestro agrado,
tan callados vuestros ojos,
tan caidos vuestros brazos,
tan destemplado el semblante,
y vuestro amor tan templado,
que han llegado á imaginar
vuestra mudanza, apoyando
que habeis hallado en mi honor,
(¡qué dolor es pronunciarlo!)
bien entendeis; y así, digo
que para fin de los daños
que contra mi honor resultan
de tan peligroso estado,
he pensado que no hay
remedio como casaros
con esa dama, con esa,
señor, que hoy os debe tanto,
sin imaginar que puedan
ya mis celos estorbarlo,

que no hay celos que se quejen
á vista de los engaños.
Y supuesto que ya es
conveniencia para entrambos
no casaros, ya se ve,
yo celosa y vos forzado,
nada puede estar más bien
á mi honor en este caso
que dar á entender á todos,
don Lope, que el no casaros
conmigo fué que otra tuvo
más maña de enamoraros.
Háblese en que fuí una necia,
en que no supe obligaros,
en que mi cara y mi talle,
al fin, os descontentaron,
que yo pasaré por todo,
por dejar mi honor en salvo.
Y estimad en mucho á quien
tiene valor para tanto,
que llega con unos celos
á comprar un desagravio.
Y tened lástima á quien,
con tan claros desengaños,
halla conveniencia en veros
(¡ay, Dios!) en ajenos brazos.

LOPE. ¡Qué aprieto! ¡Qué confusion! (*Aparte.*)
Digo, prima, (¡qué pesado (*Aparte.*)
lance!) digo, Leonor mia,
que quien así te ha informado...

LEON. Direis que á mí me engañó.

No, don Lope, no me engaño,
verdad es cierta; y así,
no os canseis en disculparos,
que habeis acordado tarde.
Casaos, don Lope, casaos,
que ya es ésta la fineza
mayor que de vos aguardo.

LOPE. Aquí disfrazar importa (*Aparte.*)
con la risa mi cuidado.
¿Cómo, ó quién? Y si jamas
quise bien, dame una mano,
sino á tí.

LEON. ¿Estais en vos?
Soltad, ó haréla pedazos.

LOPE. Templa el rigor, Leonor mia,
pues el alma por los labios
siempre su dueño te nombra.

LEON. ¿Quereis que os pruebe que es falso
cuando decis que no es otra
dueño de vuestro cuidado?

LOPE. ¿Cómo podré, si te adoro?

LEON. Pues aunque aventure tanto
por haceros confesar
eso que me estais negando,
¡oh, falso, traidor amante!
digo que me deis la mano
de esposo luégo, pues veis
cuánto importa el abreviarlo;
y si á vuestra pretension
esto pudiere hacer daño,
como habeis dicho, el remedio

será tenerlo callado;
porque si es, como decis,
cierto vuestro amor, es claro
que lo hareis por mí y por vos.
¿Qué decis?

LOPE. ¡Lance apretado! (*Aparte.*)
No la acierto á responder.
Pero ¿qué dudo? ¿Qué aguardo,
si está mi honor de por medio?

LEON. Acabad, determinaos.
A fe que hemos de saber
si me engaña ó yo me engaño.

LOPE. Perdone mi amor.

LEON. ¿Dudais?

LOPE. Ya yo estoy determinado.

LEON. ¿A qué?

LOPE. A perderte.

LEON. ¿A perderme?

LOPE. Sí, que soy muy desdichado.

LEON. ¿Veis cómo tengo razon?

LOPE. Aún no queda averiguado
que la teneis.

LEON. ¿Cómo no,
si conozco me has quitado
el alma, el honor y el gusto?

LOPE. Digo, pues me aprietas tanto,
Leonor, que no has hecho bien
en apurar mis recatos,
pues sabes cuán otras son
las causas de mis cuidados.

Que te he querido, es verdad;
que te he ofendido, es engaño;
que te debo poco, es cierto;
que te lo he encubierto, es llano;
porque aunque las penas mias
á ser celos empezaron,
por la causa que tú sabes,
tomó mi honor á su cargo
esta ofensa, y de una injuria
hizo un enojo templado,
de una queja un disimulo,
de un engaño un desengaño,
de una inquietud un recelo,
y de un recelo un agravio,
cometido en tu mudanza
y en mi ardid averiguado.
De esto ha nacido, Leonor,
lo sagaz de mi recato,
lo encubierto de mi pena
y lo oculto de mi llanto;
que quien no apura sus celos
callando ó disimulando,
más busca satisfacciones
que la verdad de sus daños.
Yo, en efecto, receloso
de apariencias y de amagos,
hice exámen de tu honor,
y averigüé cómo amando...
¿dirélo? Sí, que eres fácil,
que ofendiste tu recato,
que faltaste á tu respeto,
y que admitiste en tu falso

pecho brazo de amor nuevo,
pues estándome esperando
para mia (¡qué traicion!),
en secreto (¡qué ruin trato!)
gozaba de tus favores
(¿qué sé yo si de tus brazos?)
un hombre, en ofensa mia,
que por vergüenza lo callo.
Y así, pues tus diligencias
tan necias me han obligado
á que te descubra el alma
la ocasion por que dilato
mi casamiento, me voy
sin esperar tu descargo,
que estimo mucho tu honor,
y temo mucho tu llanto. (*Vase.*)

LEON. Hombre, ¿qué dices? ¿Yo falsa?
Pese á quien tal ha escuchado
sin matarse ó sin matar
á quien se ha atrevido tanto.
Pero mis celos, mis furias,
mis enojos, mis agravios
te perdonan, hasta que
con afrentar tu ruin trato,
conozcas que la pureza
de mi honor, aunque infamado,
la luz compite del dia,
del sol excede en los rayos.
Y has de ver en tu escarmiento
que te he de enseñar, villano,
como amante y como honrada,
á ser amante y honrado.

JORNADA TERCERA

Salen doña Ana é Ines.

INES. ¿Qué es lo que mandas?
ANA. Ines,
yo te tengo por mi amiga,
y así en cualquiera fatiga
me he valido, como ves,
de tu amor. ¡Estoy mortal!
INES. Pues si en mi mano está ahora
el mal que sientes, señora,
ya llego al fin de tu mal.
Mas si me quiere fiar (*Aparte.*)
doña Ana su nuevo amor...
pero en llegando á Leonor,
habráme de perdonar,
porque estoy en esta casa
ya tan negra aficionada,
que aunque es ella la agraviada,

soy yo quien los celos pasa.
ANA. Digo, pues, que ayer Leonor,
ciega, loca y arrogante
(que pues estabas delante,
tú verias su furor),
me dijo tales razones
y palabras tan pesadas,
que aunque estuvieran fundadas,
se volvieran sinrazones;
porque la que es imprudente,
tanto con serlo se aleja,
que sólo sirve su queja
para escándalo indecente.
Y como con evidencia,
tal hablaba de mi culpa,
no puedo dar más disculpa
que darla de mi inocencia.
Y áun me llegué á persuadir
en que en tal seguridad
ántes mintió la verdad
que su error pudo mentir;
porque cuando una mujer
de bien se queja y no escucha,
ó es averiguado, ó mucha
la razon que ha de tener.
Al fin esta novedad
y este ciego arrojamiento,
tan sin ningun fundamento
ni apariencia de verdad.
Mas tiene tal, que no sé
lo que ha pasado por mí

desde ayer, y así, de tí
deseo saber lo que fué.
Díme, ¿qué ciego furor
á tal la pudo obligar?

INES. A mí me toca el negar, (*Aparte.*)
y el descubrir á Leonor.
Bien vi que Leonor ayer
no sé si tuvo razon,
mostraba grande pasion;
no lo he llegado á saber,
porque jamas me ha fiado
tu hermana cosas tan graves.

ANA. ¿Al fin (¡ay de mí!) no sabes
la causa de su cuidado?

INES. No, señora; sólo sé
que á solas suspira y llora.

ANA. Yo tambien lloraré ahora
lo que tanto deseé;
pues ya no se lograrán
las finezas de mi amor;
porque en perdiendo á Leonor,
tambien perderé á don Juan,
pues de ella depende aquí
mi buen ó mi mal suceso.

INES. No le perderás por eso.

ANA. ¿Cómo no? ¡Triste de mí!
Pues ves que en su mano está
por voluntad de mi tio,
por lograr el gusto mio.

INES. ¿Luego á don Juan quieres ya?

ANA. Pues ¿puede haberlo dudado,

siendo suya más que mia?

INES. Hay tan gran bellaquería,
¡haberte don Juan burlado!
Pero allí viene tu amante.

ANA. ¿Qué dices?

INES. Si es que don Juan
todavía es tu galan,
esta es la primer constante
de dos que en mi vida vi.

ANA. ¡Oh, qué error! (*Sale don Juan.*)

JUAN. Ya sé que erré,
mas no pude más, porque
no te quiero á tí sin tí.
Tú me mandaste, señora,
que no entrase (¡triste suerte!)
á donde pudiese verte;
obedecite hasta ahora,
mas ya no puedo rendido
obedecerte; y así,
dos rendimientos aquí
hoy á rendirte he venido:
el uno, será el haberte
obedecido hasta hoy;
y el otro, ver que ya estoy
incapaz de obedecerte.
Por eso, á más no poder,
me he entrado sin tu licencia,
que es más rendida obediencia
no poderte obedecer.

ANA. A fe que si tú supieras
cómo estoy, que no te entraras,

ni mi amor aventuraras,
ni este disgusto me dieras.
¡Ay, don Juan!

JUAN. ¿Pues qué ocasion,
despues de haberme rendido
ser tuyo, de mí ha podido
causar tanta confusion?
Qun áun un recado siquiera
no he merecido de tí,
que yo sé bien, que por mí
tu hermana lo permitiera.

ANA. ¡Oh, cómo estás esgañado!
Antes ella lo ha impedido,
porque conmigo ha reñido,
y de suerte se ha enfadado,
que no me atrevo, don Juan,
á tratarle de mi amor.

INES. ¡Oh, si viniese Leonor (*Aparte.*)
ahora que hablando están,
por si hallare en su contienda
celosa algun desengaño!

ANA. Esto traza.

JUAN. ¡Grave daño!

INES. El demonio que os entienda.

JUAN. ¿Y no sabes la ocasion
de su enojo?

ANA. ¿Para qué,
ó qué importa? Pues yo sé
que es tanta su obstinacion,
que de nada ha de servir.

JUAN. ¿Pues qué hemos de hacer?

ANA. Callar,
padecer, disimular. (*Al paño Leonor.*)
LEON. ¡Ay, don Lope! ayer pensaba
que de celos me moria,
pero al fin, al fin vivia
el tiempo que me engañaba.
Mas tan de otra calidad
hoy has puesto mis desvelos,
que ya el dolor de mis celos
me llega á hacer soledad.
Y así es mi queja mejor,
pues pasa á injuria de queja.
INES. El lobo está en la conceja, (*Aparte.*)
porque ya vino Leonor,
y de esta vez es forzoso
que quede desengañada.
LEON. ¡Que siendo yo la agraviada,
sea don Lope el quejoso!
Mas con mi hermana está allí.

(*Llega Ines á donde está Leonor.*)

INES. ¿Qué te admira? Don Juan es.
LEON. Pues ponte delante, Ines,
porque quiero desde aquí
oirlos. ¡Ah falsa hermana!
INES. Si en tu pellejo estuviera,
ya yo el bodegon hubiera
echado por la ventana.
ANA. Déjame, don Juan, por Dios,
y vete, que no es quererme
verme, si ha de ser el verme

tan á costa de los dos.

JUAN. Mi amor mi disculpa sea.

LEON. Como no le quiere bien,
ya le trata con desden
y no quiere que la vea.

JUAN. Si me dejaras hablar
á Leonor, pudiera ser...

ANA. Lo que ayer fuera placer
hoy fuera darme pesar,
porque está tan intratable,
que es más que hermana enemiga.

LEON. Porque yo no se lo diga,
no le deja que me hable:
ya no hay qué esperar aquí,
y pues no hay ya qué esperar,
alto, á morir y á matar. (*Sale.*)
¡Don Juan, doña Ana!

JUAN. ¡Ay de mí!
¿Señora?

INES. No es nada el susto.

ANA. ¿Leonor mia?

LEON. ¡Ah, vil mujer!

ANA. ¿Estás contento de haber
dádome aqueste disgusto?

JUAN. Perdona este desconcierto,
pues lo ha sido haberme entrado
en tu casa recatado,
pudiendo entrar descubierto;
porque una boda cercana
y una pronta proteccion
tiene alguna permision,

ya que no la tenga toda.

ANA. Muertas las fuerzas están,
cuando disculparme quiero.

LEON. Siendo tan gran caballero,
en nada errareis, don Juan.
Qué contento, y qué engañado (*Aparte.*)
está, cuando ella... ¡Ay Dios!

INES. Querer uno y tener dos
ya es alta razon de Estado,
que como quien coche tiene,
aunque basta, ya lo ves,
dos caballos, tiene tres,
para que si alguno viene
clavado, que es fácil cosa,
que entre otro en su lugar
que el coche pueda tirar.
Así la más melindrosa
en dos empleos se alarga
y en dos galanes se emplea,
porque si el uno cojea
el otro lleve la carga.

LEON. Vete, doña Ana, allá fuera,
que á don Juan hé menester
á solas; esto ha de ser.

ANA. Por salir de esta quimera
me holgaré.

LEON. Muera el ingrato
que así mata mi esperanza, (*Aparte.*)
que el rigor y la venganza
se hicieron para el mal trato.
Tú, Ines, en sintiendo gente...

INÉS. No digas más, tuya soy,
y ya en centinela estoy.
(*Quédase al paño.*)

ANA. Y yo á tu gusto obediente,
solos os dejo á los dos.

LEON. Bien haces. Vete, tirana,
y aprende á ser buena hermana.

ANA. No te entiendo. Guárdeos Dios. (*Vase.*)

LEON. Sin rodeos, don Juan ni dilaciones,
que gasta la razon pocas razones,
y sin valerme aquí de tu nobleza,
el valor, el honor y la grandeza,
el brío, el pundonor y todo junto,
mas no quiero cansarte, voy al punto,
y vuélvote á decir, que sin rodeos,
que son muy presurosos los deseos,
te he de contar en una alevesía
dos penas, una tuya y otra mia,
y cualquiera tan grave y tan vehemente,
que parece imposible que se cuente;
porque como el agravio
es infinito, limitado el labio,
dan tan estrecha la voz á tanta afrenta
y sólo cabe en lo que no se cuenta.

JUAN. Pendiente está de un hilo el pensamiento:
dí lo demas, Leonor.

LEON. Escucha atento.
Ya sabes que don Lope, á quien estimo
por marido y por primo...
no digo bien; á quien desprecio, ¡ah cielos!
por instrumento infame de mis celos...

JUAN. Advierte que es mi amigo.
LEON. Pues tenle desde hoy por tu enemigo;
porque aleve, inconstante y temerario,
ingrato, desleal, mudable y vario,
turba, pierde y profana
tu voluntad, mi honor y el de mi hermana.
JUAN. ¿Tu honor y el de tu hermana (¡lance fuerte!)
¿De dónde, cómo, cuándo ó de qué suerte?
Pues de don Lope, siendo tan compuesto...
LEON. Vuelve á escucharme y lo sabrás de presto.
JUAN. ¡Ay, doña Ana! ¡Ay, amor! ¡Ay, penas graves!
LEON. Supongo que ya sabes
cómo don Lope (¡oh, nunca yo le viera!)
desde su edad primera,
amante, pertinaz, siempre ha querido,
ó lo ha dado á entender, ser mi marido;
y cuando intentó serlo,
mi padre, que haya en gloria, disponerlo,
creyendo que don Lope en mí grangea
honor y hacienda, que es lo que desea,
no erró, todo lo habia,
á no ser tanta la desdicha mia.
Tambien sabrás cómo mis padres muertos
corrieron los conciertos
por mano de mi tio,
que es el que sucedió por padre mio:
cómo despues, por travesuras grandes,
se fué don Lope á Flandes;
y que, al fin, despues de esto,
habiendo ya compuesto
nuestro tio la causa de ausentarse,

volvió luégo á casarse.

JUAN. Todo lo sé, de todo soy testigo;
adelante, prosigue.

LEON. Pues prosigo.
Vino, pues, y al momento,
no es fácil proseguir aunque lo cuento,
porque en pensarlo el alma desfallece
y la lengua enmudece
al quererlo decir, como corrida
de no bastar á pena tan crecida.
Que es poca pena de la misma pena,
dejar de referir á boca llena,
sin que el ansia lo escuse,
el dolor lo rehuse,
ó sin que bachillera la fatiga
se adelante la voz y ella lo diga.
Mas ya que es fuerza que lo cuente el labio,
á pesar de las ansias y el agravio,
óyeme, mira á un tiempo todo junto,
que es circunstancia de tan grande punto,
que á decirlo no bastan las razones,
y se hayan de valer de las acciones
para que su verdad quede eclipsada;
pues misteriosa, tímida, turbada,
mis ansias vengo de contarte atroces,
con los afectos más que con las voces.
Don Lope de Guzman, como te digo,
viniendo á desposarse (¡ay Dios!) conmingo
(dígolo de una vez) miró á doña Ana,
(¡Ah mudable! ¡Ah liviana! ¡Ah loca hermana!)
y ella le vió, si bien con tal estrella,

que él se muere por ella,
y ella por él se muere,
cada uno apostando á quién más quiere,
sin recelo ninguno,
y ganando la apuesta cada uno.
Confiese que es rigor, don Juan, contarte
tan de golpe un dolor que ha de matarte;
mas como yo me veo despreciada,
ofendida y burlada,
de nadie me lastimo, ántes quisiera
ver á todos morir de esta manera,
que se templa el pesar de quien suspira
cuando el mismo pesar en otros mira.
Esto es verdad, don Juan, los dos se adoran,
bien lo saben mis ojos, que lo lloran;
ella propia por cifra me lo ha dicho,
y llevado él tambien de su capricho,
para dorar su desvergüenza solo,
en mi honor, en mi honor ha puesto dolo.
Por esto ella contigo desabrida,
arriesgando mi honor, el gusto y vida,
y tambien él por eso desatento,
entretiene y dilata el casamiento.
hasta hallar ocasion, industria y modo
para matarnos y romper con todo.
Esto supuesto por verdad segura,
y supuesto tambien que se murmura
la detencion del casamiento mio,
que lo sufre mi tio,
que, burlado mi honor, al cielo clama,
que don Lope me infama,

que mi hermana te ofende,
y que cualquiera de los dos pretende
tu disgusto y mi agravio,
prudente, noble, altivo, atento y sabio,
procura, determina, ordena, traza,
si con el ruego no, con la amenaza,
por excusar antojos,
quitarles tal injuria á nuestros ojos.
Con lastimoso llanto
(aún no pensé, don Juan, decirte tanto),
me voy, haciendo del dolor espada,
á morir como amante y como honrada. (*Vase.*)

JUAN. Oye, Leonor, tente, escucha,
y acábame de matar,
que con que otra vez lo cuentes
no será menester más.

(*Sale don Lope.*)

LOPE. Don Juan aquí con Leonor,
y Leonor llorando va,
yo ofendido, vivos ellos,
no parece que es verdad.

JUAN. Don Lope ingrato á mi amor,
doña Ana á mí desleal,
yo para morir de celos,
y Leonor para espirar.

LOPE. Esto es hecho, opinion mia,
ya no hay que aguardar á más.

JUAN. El un agravio me sobra
para haberme de vengar.
Don Lope viene. ¿Don Lope?

LOPE. Don Juan me ha visto. ¿Don Juan?
JUAN. Dios os guarde.
LOPE. Guárdeos Dios.
JUAN. ¡Qué dudo, cuando me está (*Aparte.*)
dando voces la venganza!
LOPE. ¡Qué haré, cielos, cuando es tal (*Aparte.*)
la causa de tanto empeño!
Yo os he menester hablar,
y no en casa.
JUAN. Yo tambien
os he venido á buscar,
que os he menester á solas.
Seguidme.
LOPE. ¿Hacia dónde vas?
JUAN. A las espaldas aguardo
de la ermita de San Blas.
LOPE. Voy tras vos solo, y así
como estamos.
JUAN. Bien está. (*Vase.*)
LOPE. ¡Así maltrata Leonor
su crédito! ¡Así don Juan
al mio pierde el decoro!
¡Y así han podido olvidar,
ella finezas tan grandes,
y él tan estrecha amistad!
Querida y mudable ella,
él amigo desleal;
en dos nobles ¿ha cabido,
obligados, traicion tal?
Mas, ea, que ya no es tiempo
de ponerme á ponderar

con ímpetu de celoso
y ternura de galan
lo fementido del trueque,
lo justo de la lealtad,
lo infeliz de la fineza,
y lo nuevo del pesar,
que así de nuevo me aflijo
cuando esperándome están
el enemigo en el campo
y el honor en el lugar.
Mueran mis celos, y muera
mi pasion, y sólo ya
viva lo atento de deuda,
sin lo ciego de galan.
Hoy, pues Leonor ha querido
ser esposa de don Juan,
cueste tanto, pues es tanto
de mi honor la libertad,
que haciéndoles hoy precisa
se eleccion para mi mal,
su gusto para mis celos,
de los dos me he de vengar;
y porque tras tal suceso
no se aventure la paz
entre nosotros, y tenga
color esta novedad,
será mi esposa doña Ana,
pues hallo en su calidad
lo que pierdo, y en su honor
(¡quién tal creyera!) hallo más.
Esto ha de ser, corazon;

alto, á querer y olvidar,
á doña Ana por honrada,
y á Leonor por desleal.
De las cenizas del fuego
que se acaba de apagar,
más durable y ménos ciega
se encienda una voluntad.
Funde en razon lo que amare
la inclinacion, y no en dar
tanta obstinada obediencia
á tan injusta deidad.
Y vamos, vamos al puesto
donde me espera don Juan,
á satisfacer mis celos
con volvérmelos á dar.

(*Sale don Pedro.*)

PEDR. Don Lope, sobrino, albricias,
que un decreto tienes ya
de título de marqués,
escogiendo tú el lugar
entre las villas que tienes.
Dios guarde á su majestad,
que así atento, así prudente,
á un tiempo ha querido honrar
la noble sangre que hoy gozas,
y la que has vertido ya
en su servicio.

LOPE. A mal tiempo, (*Aparte.*)
honras y dichas, llegais,
que cuando el honor y el gusto

tanto han llegado á informar,
las dichas son desabridas
y las honras saben mal.

PEDR. En el Consejo de Estado
se acaba de publicar
la merced, y te confieso
que casi la estimo en más
porque hoy te desposes, que
por otro particular;
porque tanta suspension
sé que ha dado que pensar
á la ociosidad del vulgo
y curiosos del lugar.
Y así, esta noche, esta noche,
por mi vida, ha de quedar,
y por Leonor, concluida
la boda.

LOPE. Sí quedará,
mas no con Leonor.

PEDR. ¿Qué dices?

LOPE. Digo que yo he de quedar
esta noche desposado
con doña Ana, que esto es ya
lo que nos importa á todos.

PEDR. ¿A todos puede importar
el casarse con doña Ana?
Mucho ha dicho. Bien está.
¿Y Leonor?

LOPE. Leonor (¡ah, cielos!)
se habrá, señor, de casar
con don Juan.

PEDR. ¿Y sabes tú
que en esto los dos vendrán?
LOPE. A los dos les está bien,
y no querais saber más
hasta conseguir mi gusto,
que os lo pueda yo contar
y vos, ménos asustado
me escucheis que ahora estais.
Y adios con esto. ¡Ay, honor! (*Aparte.*)
que voy desde aquí á trocar
por un dolor que me infama
otro que me pueda honrar. (*Vase.*)
PEDR. De tan larga dilacion
y tan grande variedad
como en esta boda he visto,
nunca he podido esperar,
ni más venturoso fin,
ni ménos cierto pesar.
¡Ah, pobre honor! Adquirido
en tantos años, no más
de para que los rapaces
hoy te vengan á turbar.
¿Así don Lope desdora
su sangre y su calidad?
¿Así doña Ana ha olvidado
que es doña Ana de Guzman?
¿Y así entrambos han podido
de Leonor atropellar,
él la obligacion y el trato,
y ella el deudo y amistad?
Mas esta noche, esta noche

casados han de quedar,
porque se haya remediado,
cuando se entienda, el desman.
Por hacer gusto á Leonor,
á don Juan quise casar
con esa moza; harto bien
se lo ha pagado en verdad.
Mas es mujer, no me espanto.

(*Sale doña Leonor.*)

LEON. ¡Ay, lastimoso pesar!
¡Ay, incurable dolor!
¡Y ay, desapasionado mal,
cuyo medio, cuya cara
es (¡ay de mí) el aumentar
la paz, el gusto y la vida
de mi esposo, que es lo más!
¡Ay, don Lope de mis ojos!
¿Yo, por mano de don Juan,
intenté tu muerte, cuando
(¡Pensarlo me ha de matar!)
tú aventurado, mi bien,
pudiéndose asegurar,
con acabarse Leonor,
ese peligro en que estás?
Mas, ¡ay! mas, ¡ay, que si muero
no te he de poder gozar,
y si por mi honor no vuelvo,
con razon no me querrás!
¡Oh venenoso accidente, (*Llora.*)
oh incurable enfermedad,

pues ha de morir á manos,
ó del remedio, ó del mal!

PEDR. Leonor es ésta, ¡no sé (*Aparte.*)
cómo podré disfrazar
el dolor de lo que quiero
decirla! Llorando está;
á buen tiempo llega el susto,
que ménos distancia hay
de un dolor á otro dolor,
que de un placer á un pesar.
¿Sobrina?

LEON. ¿Señor?

PEDR. ¿Qué es esto?

LEON. Llorar para descansar.

PEDR. Bien haces en estar triste,
si sabes (que sí sabrás)
el dolor que te amenaza
para esta noche.

LEON. ¿Pues qué hay?

PEDR. Sabes que esta noche... (¡ay, cielos!)

LEON. ¿Es esto, que ya don Juan,
ó busca, ó llama á don Lope?
¡Qué cerca mi muerte está!

PEDR. Sí, amiga, sí, ya he sabido
de ese infame desleal
de don Lope, de ese indigno
dueño de tu voluntad,
que esta noche ha de ser dueño
de doña Aña, y que será
lo que nos importa á todos.
En buen estado estarán

las cosas, pues tal traicion
á todos puede importar.
Yo pierdo el juicio con ver
tan indigna libertad;
y sé que á tal grosería
y desabrimiento tal,
sólo tengo por remedio
el casarlos y el callar,
cuando por satisfacer
mi cólera y tu verdad,
cuanta sangre tienes nuestra
quisiera á los dos sacar;
mas eres honrada y cuerda;
con esto, á un tiempo sabrás
ni sobrarte al pensamiento,
ni á la modestia faltar,
que una pena semejante
casi la ha de desear
quien sabrá como tú sola
resistir la voluntad.
Con esto, á solas te dejo,
porque con más libertad
respiren los ojos sangre,
y el alma beba cristal;
miéntras voy (¡ay, honor mio!)
miéntras voy á reparar
un error con proseguirle,
y con repararle un mal. (*Vase.*)

LEON. ¿Doña Ana y don Lope, dijo?
No es posible tal maldad;
porque primero yo misma,

cuando faltara puñal
para el pecho, me supiera
una y mil veces matar
con mis manos, que sufrir
agravio á mis ojos tal.
¡Cielos, piedad! ¡Piedad, cielos!
¡Piedad, fortuna, piedad!
Pues veis que son mis congojas
tantas, que me tienen ya
sin vida en que padecer,
ni muerte en que descansar.
¡Ay de mí! No sé qué hacerme.

(*Salen Inés y Martin.*)

INES. ¿Qué quieres? Aguarda allá.
MART. ¿Qué quiero? ¡Cuerpo de Cristo!
Aparta, déjame entrar,
que vengo... ¿Está aquí Leonor?
INES. Aquí está. Pues dí, ¿qué hay?
MART. Aparta.
LEON. ¿Quién es?
INES. Martin,
que se entra sin más ni más
hasta tu propio aposento
sin licencia.
MART. Ya la tray
quien viene á lo que yo vengo.
LEON. Ya temo lo que será. (*Aparte.*)
Déjale. ¿Qué quieres?
MART. Quiero,
como criado leal,

por si tú supieras cómo
se pudiera remediar.
Adviértote que mi amo
pienso que busca á don Juan,
porque él no parece en casa:
el coche á la puerta está,
nadie ha salido con él:
há rato que falta ya,
y don Juan salió diciendo
(de esta pieza, una hora habrá)
que hacia San Blas le esperaba;
y así quise...

LEON. Bien está:
mi amor, y mi honor me valga, (*Aparte.*)
pues tanto á entrambos le va:
que si me dan el esfuerzo
que me han sabido quitar,
de este peligro he de hacer
su mayor seguridad.
¿Tú lo viste?

MART. Sí, señora.

LEON. Pues vamos adonde están,
que los he menester juntos
en el campo.

INES. ¿Dónde vas?

LEON. No me aconsejes, Ines,
que no sabes lo que hay,
y aunque aciertes con tu afecto,
con tu consejo errarás.

INES. Como hasta aquí el advertir,
me toca ahora el callar.

MART. ¡Con qué valor lo han tomado!
¡Oh, bien haya sangre tal!
LEON. Díle á mi hermana que baje,
y al punto el manto me da,
y en el coche de don Lope
los saldremos á buscar,
no para excusar que riñan,
que me estuviera muy mal,
mas para que entienda el mundo,
pues el caso llegó ya,
que si amante sé rendirme,
burlada me sé vengar,
y que supe á un mismo tiempo
en el corazon guardar
el odio como ofendida,
como amante la piedad,
como noble el pundonor,
como firme la lealtad,
como cuerda el sufrimiento,
la ofensa como sagaz.
Y en fin, entre tantas dudas,
he sabido conservar,
como amante y como honrada,
mi honor y mi voluntad. (*Vase.*)
INES. Fuése. Déte Dios, amén,
buena mano derecha allá. (*Vase.*)
MART. Y sea la de don Lope,
para que vivas en paz. (*Vase.*)

(*Sale don Juan.*)

JUAN. Aquí sale mi valor

á vengar el justo duelo
de mi opinion, un recelo
y un agravio de Leonor;
que aunque parece que ha sido
facilidad en creer
tan aprisa á una mujer,
y con razon la ha creido.
Pero no hay cosa que crea
tan fácilmente quien ama
como aquello que se infama,
y quiere que no se vea.
Todo en mi desdicha cabe;
porque bien mirado ahora,
ó mi amor don Lope ignora,
ó mi amor don Lope sabe.
Si lo sabe, mi castigo
merece su sinrazon;
porque es dos veces traicion
la traicion que hace el amigo.
Y si ignora que era mia
doña Ana, ¿cómo celoso,
enojado y animoso
al campo me desafía?
Pero sea lo que fuere,
yo tengo de averiguar
mi placer y mi pesar,
y venga lo que viniere.
Pues en apartarme está
el logro de mi cuidado. (*Sale don Lope.*)

LOPE. ¿Si habrá ya don Juan llegado?
Allí está un hombre, él será.

Que en favor de mi enemigo
hoy salga mi espada aquí,
pues para volver por mí,
tengo de reñir conmigo!
Y, en fin, que llego á entregar
á Leonor, siendo ya mia,
esto sí que es valentía,
y no salir á matar.
Mas pondere ya el acero
lo que hasta ahora el dolor,
que aunque es antiguo mi amor,
fué mi pundonor primero.
¿Don Juan?

JUAN. ¿Es don Lope?

LOPE. Sí.
¿Estais solo?

JUAN. Solo estoy,
y con las armas que hoy
dijísteis.

LOPE. Bien está así.
La causa ahora os diré
que os trae al campo conmigo,
por mi amigo y enemigo.

JUAN. No hay, don Lope, para qué,
que ya lo sé de Leonor,
y ella de vos lo ha sabido,
y en el campo no hay partido,
sino probar el valor.
Porque despues de salir,
es ocioso el informar,
que el lugar es para hablar,

y el campo para reñir. (*Desenvainan.*)

LOPE. En todo, don Juan, mostrais
lo que sois: sacad la espada,
que yo no os advierto nada,
porque aunque valor tengais,
mi acero sabrá primero
cortar que el vuestro lo intente.

JUAN. Es mi acero muy valiente,
y tiene razon mi acero. (*Sale don Pedro.*)

LOPE. ¿Razon? Esa sólo yo
la tengo.

PEDR. Hacia aquí salió.

LOPE. Aunque ahora lo ignorais. (*Sale Martin.*)

MART. Hacia aquí le vi salir,
y don Lope tras él luégo.
(*Saca la espada, y pónese enmedio.*)

PEDR. Que alargueis el duelo os ruego,
no que dejeis de reñir.

LOPE. ¿Qué cosa puede importaros
más que el lance en que me veis?

PEDR. Primero que os arriesgueis,
quiero, don Lope, casaros.

JUAN. ¿Con Leonor? De buena gana
vengo en ello.

LOPE. Pues yo no.

PEDR. No es Leonor quien digo yo,
que ha de ser hoy de doña Ana.

JUAN. ¡Cómo puede, si conmigo
concertada... ¡Pierdo el seso!

PEDR. Es verdad; pero tras eso
ha de ser lo que yo digo.

JUAN. No consentirá mi amor.
PEDR. Ya no es el amor bastante.
MART. Quedo, que mete el montante
la bellísima Leonor.
(*Salen doña Leonor, doña Ana é Ines.*)
LEON. Suspender el acero,
que es fuerza ya que has de escuchar primero;
y porque no dudeis lo que me obliga
á nombrarte por juez de mi fatiga,
sabed que es un rigor, un ansia, un llanto,
una dicha, un escándalo, un encanto,
una firme lealtad mal estimada,
una limpia opinion casi manchada,
un odio, y un rencor apoderado
á un tiempo de mi amor y mi cuidado,
que gusanos del alma, sin remedio,
me están rasgando el corazon por medio.
Mas ¿para qué me canso en digresiones,
cuando me afligen tantas confusiones?
Don Lope, que escuchándome está ahora,
á un tiempo me desprecia y enamora;
injuriarme pretende,
me agasaja y me ofende;
solicita á mi hermana de secreto,
atropella su honor y su respeto;
sábelo el alma, escúchalo el oido,
venlo los ojos, tócalo el sentido;
quéjome de él, responde que me engaño;
prevéngole, buscando el desengaño,
que se case, ó me diga
la ocasion que le obliga

á tan extraño exceso:
díceme que soy ruin, y que por eso
el casarse rehusa,
fabricando un engaño en cada excusa.
Y como yo, inocente, pretendia
ajustar la disculpa que le oia,
y entre sí las razones se encontraban,
y todas en mi amor y honor paraban,
dejaba de matarme cada susto,
porque aumento tuviese mi disgusto;
que si ha de mejorar alguna suerte,
hácese de rogar tambien la muerte.
Aquesto con don Lope (¡cosa extraña!)
me ha pasado despues que vino á España;
y así, á don Juan, que, como noble y sabio,
debe acudir al suyo y á mi agravio,
pues tanta parte tiene de esta ofensa,
le rogué que saliese á la defensa;
y ahora vuelvo á suplicarle (¡ah, cielos!)
que vuelva por mi honor y por sus celos.
Don Juan, á vos os toca
la mitad del dolor que me provoca.
Don Juan, mi honor padece;
el escándalo crece;
á vos y á mí nos quita
don Lope la opinion, pues solicita
ser de doña Ana esposo;
el vulgo malicioso,
con cada causa que de nuevo halla,
nos murmura cuanto habla y cuanto calla.
Y así, vuestro valor mi honor ampare:

aunque cueste la vida que costare,
la mancha de mi honor con vuestra espada
haced, venced, matad, dejad sacada,
pues con tanta razon su filo corta,
que como mi honor pesa, nada importa.
Aquesto como honrada os ruego y pido,
por noble, por leal, por bien nacido,
para que me vengueis de este alevoso,
que vino á ser mi esposo, y no es mi esposo.
Mas ya que como honrada no me toca
hacer más por mi honor, amante y loca,
ciega, firme y constante,
he de morir al lado de mi amante:
(*Sácale la espada á Martin, y pónese al lado de Lope.*)
que como en vos mi honor he asegurado,
satisfaré mi amor siempre á su lado;
y así, aunque el odio muerte le desea,
no permite mi amor que yo lo vea,
sino hallarme á su lado de este modo,
pues con morir así, cumplo con todo.
Acabad, pues, sacadnos de este encanto,
pues ya mi pundonor os toca tanto,
mataos tambien conmigo,
que en mi pecho hallareis vuestro enemigo.
Matádmelo á mi lado y á mi pecho,
porque quede mi honor más satisfecho,
y porque al penetrarle vuestra espada,
muera yo como amante y como honrada.

LOPE. Confuso de nuevo estoy,
escuchando enigmas tantas,
y así, para salir de ellas,

solamente, don Juan, falta
saber por qué os toca á vos
de mi prima la venganza.

JUAN. ¿Por qué? Por haber querido
ser querido de su hermana,
á quien adoro, y decirme
que vuestro amor intentaba,
en ofensa de Leonor
y en daño de mi esperanza,
ser esposo suyo; y cuando
por esto no me tocara,
me tocara por deberle
que, discreta y cortesana,
con don Pedro, vuestro tio,
mi intento solicitaba,
hasta venir en que luégo
me casase con doña Ana,
á quien desde el monasterio,
cuando llegásteis á España...

LOPE. Tened, don Juan. ¿Ana era
de quien hablábades? Basta;
con dar la mano á Leonor
responderé á dudas tantas,
que como entónces hablaste
con equívocas palabras,
que así pudiera entender
á Leonor como á doña Ana,
dudé. Perdonad, Leonor.

LEON. Basta; no me satisfagas,
que por el semblante sólo
te tengo entendida el alma.

JUAN. ¡Oh, cuánto acertó este yerro,
pues me aseguró á doña Ana!
PEDR. Dale la mano.
ANA. A esto sólo, (*Danse las manos.*)
don Juan, aguardando estaba.
PEDR. ¡Extraño caso! Ahora digo
que estimo el susto.
LEON. La causa
sabrás despues de mi queja,
que fué grande, aunque fué falsa.
ANA. Yo quedo ya satisfecha,
si tú estás desengañada.
MART. Todos se casan, Ines;
vamos ántes que se salga
con ser Ines de Martin,
y porque queden en casa
dos criados puntuales.
INES. Si eso temes, no te vayas.
MART. ¿Por qué?
INES. Porque Ines no quiere,
que aunque es ahora criada,
ha sido dama otras veces.
MART. Pues si no quieres, ingrata,
ni yo; y así quedaremos
solteros como unas pascuas.
LEON. Y Leonor pide perdon,
y quisiera en dudas tantas
haber sabido portarse
como amante y como honrada.

FIN.